

había salvado la vida á su buen amigo el profesor de esgrima.

Hay, sin embargo, que decirlo todo; una vez sentado en mi plataforma y pasado el primer momento de entusiasmo, empecé á reflexionar. Roger consentía en no quitarse la vida; estaba muy bien, pero ¿qué iba á ser de mí después de que con mi hermosa abnegación me pusiesen en la calle?

La situación no tenía nada de agradable y yo veía el hogar gravemente comprometido, á mi madre llorosa y al señor Eyssette muy encolerizado y con razón. Por fortuna me acordé de Jacobo ¡qué buena idea tuvo su carta de llegar aquella misma mañana! La cosa era por demás sencilla ¿no me escribía que en su cama había sitio para dos? Además, en París, se encuentra siempre con qué vivir.

Al llegar á este punto me sobrecogió una idea horrible: para emprender el viaje necesitaba dinero; primero para el tren, y después cincuenta y ocho francos que debía al portero, más diez más que un alumno de los grandes me prestara, á parte de otras cantidades inscritas á mi nombre en el libro de cuentas del café de Barbette, ¿y los medios para procurarme todo ese dinero?

—¡Bah!—me dije después de pensarlo.—Me parece muy inocente que yo me preocupe de ese modo por tan poca cosa ¿acaso no puedo contar con Roger? Roger está en una posición desahogada. Da lecciones en la ciudad y se considerará muy dichoso facilitando unos cuantos centenares de francos á quien, como yo, acaba de salvarle la vida.

Una vez arreglados así todos mis asuntos, me olvidé de todas las catástrofes de la víspera, para no pensar más que en mi gran viaje á París. Estaba tan alegre que no podía permanecer quieto en mi sitio y el señor Viot, que bajó á la sala de estudio para gozarse con mi desesperación, experimentó una gran decepción al ver mi alegre cara. En la comida comí mucho y deprisa y en el patio levanté los castigos á los alumnos. Al cabo sonó la hora de la clase.

Lo más urgente para mí era ver á Roger y de un salto me fui á su cuarto, en el que no hallé á nadie. «Bueno, me dije,—se habrá ido á dar una vuelta al café de Barbette, y esto no me asombró á pesar de lo dramático de las circunstancias.

En el café de Barbette no hablé tampoco á nadie. «Ro-

ger,—me dijeron,—se fué á la pradera con los suboficiales.» ¿Qué demonios podían estar haciendo allí con un tiempo semejante. Empezaba á estar bastante inquieto y, por lo mismo, no quise aceptar una partida de billar á que me invitaban, dobléme los bajos del pantalón y crucé por la nieve, con dirección á la Pradera, yéndome en busca de mi buen amigo el profesor de esgrima.

## XII

## El anillo de hierro

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

Desde las puertas de Sarlande á la Pradera, había, más bien más que menos, una media legua; pero, al paso que fui, recorrí la distancia en menos de un cuarto de hora. Temblaba por Roger; tenía miedo de que el pobre muchacho no se lo hubiese contado todo, á pesar de su promesa, al director, aprovechando para ello la hora de la clase y se me figuraba que veía relucir aún la culata de su pistola. Tan lúgubre pensamiento me dió alas.

No obstante, de vez en cuando, y encima de la nieve, descubrí las huellas de numerosos pasos que se dirigían á la Pradera y al pensar que el profesor de esgrima no estaba solo, me tranquilicé algo y cuando eso me sucedía acortaba el paso y me acordaba de París, de Jacobo y de mi viaje... pero, pasado un instante volvían á comenzar mis terrores.

—Es evidente, que Roger va á matarse ¿qué había venido á buscar si no, á un sitio tan desierto y tan apartado de la ciudad? Si hace que le acompañen sus amigos del café de Barbette es para despedirse de ellos y beber la copa del estribo, como ellos dicen ¡oh! ¡Esos militares! ¡Y vuelta á correr otra vez hasta quedarme sin aliento! Por fortuna me acercaba á la Pradera, cuyos grandes árboles cubiertos de nieve, empezaba á descubrir y me decía: «¡Pobre amigo mío! ¡con tal que llegue á tiempo!»

Las huellas de los pasos me llevaron hasta el merende-

ro de Esperón, que era un sitio apartado y de muchísima fama, al que, todos los que llevaban vida desarreglada en Sarlande, iban á celebrar sus orgías. Había ido yo allí más de una vez en compañía de los nobles corazones, y nunca me pareció tener una fisonomía tan siniestra como la de aquel día. Amarillento y sucio, sobre la blancura immaculada de la nieve, ocultábase con sus paredes decrepitas, su puerta bajita y sus ventanas de vidrios mal lavados, tras un bosquecillo de olmos entecos. La casa tenía como un aire avergonzado del villano oficio que desempeñaba. En el momento en que me acercaba á ella oí un alegre ruido de risas, gritos y el chocar de vasos.

—¡Dios mío!—me dije estremeciéndome.—¡Es la copa de la espuela!

Y me detuve para poder alentar un poco. Me hallaba en aquel momento en la parte trasera del merendero, empujé una puerta de empalizada y entré en el jardín. ¡Qué jardín! Un gran seto desierto; unos cuantos macizos de lilas sin hojas, montones de basura sobre la nieve y cenadores completamente cubiertos de nieve y que parecían grutas de esquimales. Aquello era tan triste que daba ganas de llorar. El barullo procedía de la sala del cuarto bajo y la fiesta debía estar en todo su apogeo y calor porque, á pesar del frío, estaban abiertas de par en par las dos ventanas.

En el momento en que ponía el pie en el primer escalón del vestíbulo, oí alguna cosa que me detuvo y me dejó frío: fué mi nombre, acompañado de grandes carcajadas. Roger hablaba de mí, y, ¡cosa extraña! cada vez que pronunciaba el nombre de Daniel Eyssette, los demás se desternillaban de risa.

Impulsado por dolorosa curiosidad, y comprendiendo que iba á enterarme de alguna cosa muy extraordinaria, me eché hacia atrás y sin que nadie me oyese, gracias á la nieve que ensordecía lo mismo que una alfombra, el ruido de mis pasos, me deslicé en uno de los cenadores, que parecía colocado á propósito debajo de una de las ventanas.

Toda la vida me parecerá que estoy viendo aquel cenador con la hojarasca seca, muerta, que lo tapizaba, su suelo fangoso y sucio, su mesilla pintada de verde y sus bancos de madera chorreando agua... La luz pasaba con dificultad á través de la nieve que lo cubría y la nieve se li-

tuaba lentamente, cayendo gota á gota sobre mi cabeza. Fué allí, en aquel cenador negro y frío como una tumba, en donde aprendí cuán cobardes é infames pueden ser los hombres; allí fué en donde aprendí á dudar, á despreciar y á odiar... ¡Oh! ¡Que Dios guarde á aquellos que me leen, de entrar nunca en aquel cenador. En pie, y conteniendo hasta el aliento, rojo de ira y de vergüenza, escuché lo que decían en casa de Esperón.

Mi buen amigo el profesor de esgrima, era el que hacía uso continuamente de la palabra... Contaba la aventura de Cecilia, lo de la correspondencia amorosa, la visita del señor Subprefecto al colegio, y todo ello acompañado de chanzas y de comentarios, que debían ser muy cómicos, á juzgar por la hilaridad del auditorio.

—Ya comprenderéis, amorcillos míos,—decía con una voz burlona,—que no en vano desempeñé papeles en el teatro de los zuavos. Tan cierto como os estoy hablando, que llegó un momento en que creí que había perdido la partida y en que me dije que no volvería á beber más con vosotros este buen vino del tío Esperón. La verdad que ese chicuelo de Eyssette no había dicho nada, pero estaba á tiempo y podía hablar aún y, dicho sea entre nosotros, creo que quería dejarme el honor de delatarme á mí mismo y entonces me dije:

«Mucho ojo, amigo Roger, y apelemos á la gran escena.»

Y dicho esto, mi buen amigo, el profesor de esgrima se puso á representar lo que él llamaba la gran escena, es decir, lo que por la mañana pasara en mi cuarto entre él y yo. ¡Miserable! No se olvidó de nada y exclamó repetidas veces:

«Madre mía! ¡Pobre madre mía!» con entonaciones teatrales y luego, imitando mi voz añadía:

«¡No! ¡No saldréis de aquí, Roger!» La grande escena debía ser realmente muy cómica porque el auditorio se reía á carcajadas, mientras que yo sentía que por mis mejillas se deslizaban gruesas lágrimas, se estremecía mi cuerpo y los oídos me zumbaban adivinando toda la odiosa comedia de la mañana y comprendiendo que Roger había, con deliberado propósito, enviado las cartas para librarse de un percance, y que hacía nada menos que veinte años que su madre, su pobre madre, había muerto y que yo había

creído que el estuche de su pipa era la culata de una pistola.

—¿Y la linda Cecilia?—preguntó uno de los nobles corazones.

—No dijo una palabra y se marchó con su baúl, porque es una buena muchacha.

—¿Y qué va á ser del bueno de Danielito?

—¡Bah!—respondió Roger con un gesto que hizo reír á todo el mundo,—y aquella carcajada me puso fuera de mí. Durante un momento tuve deseos de salir del cenador, para presentarme como un expecto entre ellos; pero me contuve, diciéndome que bastante ridículo había estado antes. Sirvieron el asado y chocaron los vasos y se oyeron gritos de: «¡A la salud de Roger!»

No me pude contener más porque sufría demasiado, y sin inquietarme de si podía ó no verme alguien, eché á correr atravesando el jardín. De un salto franqué la empalizada, y corrí en línea recta lo mismo que un loco.

Ibase extendiendo silenciosa la noche... y aquel inmenso campo de nieve, adquirió con la semiobscuridad del crepúsculo un no sé qué, un aspecto de profunda melancolía. Durante algún tiempo corrí de aquella manera como un cordero herido, y si los corazones que se despedazan y que sangran, fuesen algo más que una manera como otra cualquiera de hablar, para uso de los poetas, os juro que habrían podido encontrar detrás de mí, y en la blanca llanura, una no interrumpida huella sangrienta.

Me dije que estaba perdido; ¿en dónde encontrar el dinero? ¿Cómo marcharme? ¿De qué manera hacerlo para reunirme con mi hermano? Delatar á Roger no habría servido de nada, pues, á la sazón, y habiéndose marchado Cecilia, podía negarlo todo.

Abrumado en fin, rendido por el cansancio y el dolor, caí desplomado en la nieve, al pie de un castaño. Habría quizás permanecido allí hasta el día siguiente llorando y sin tener fuerzas para pensar, á no haber oído de pronto, y allá á lo lejos, pero muy lejos, hacia Sarlande, sonar una campana. Es la del colegio. Lo había olvidado todo, y aquella campana me volvió á la vida; tenía que volver para vigilar á los colegiales durante el recreo, en la sala... Al pensar en la sala se me ocurrió de pronto una idea. En el acto secáronse mis lágrimas y me sentí más animado, fuer-

te y sereno. Me levanté, y con el paso decidido del hombre que acaba de tomar una resolución irrevocable, empecé el camino de Sarlande.

Si queréis saber cual fué la irrevocable resolución que tomó Poquita Cosa; no tenéis que hacer más que acompañarle hasta Sarlande, atravesar con él aquella gran llanura blanca; seguirle por las calles tortuosas y enlodadas de la ciudad, por el portal del colegio, y por la sala durante la hora del recreo, y observaréis la extraña insistencia con que contemplaba la gran anilla de hierro que se balanceaba en medio de un techo. Terminado el recreo, seguidle hasta la sala de estudio, subid con él á la plataforma y leed por encima de su hombro la dolorosa carta que empezó á escribir, en medio del barullo de los amotinados chiquillos.

«Señor Jacobo Eyssette, calle de Bonaparte, París.

«Perdóname, mi querido Jacobo, por la pena que te voy á dar, y á ti, que ya no llorabas, te voy hacer llorar una vez más, pero será la última... Cuando recibas esta carta, habrá muerto tu pobre Daniel...»

El tumulto de la sala de estudio fué en aumento y Poquita Cosa dejó de escribir para imponer á derecha é izquierda algunas correcciones, pero con mucha gravedad y sin cólera, y luego continuó:

«Has de saber, Jacobo, que era muy desgraciado y que no podía hacer más que matarme. Mi porvenir se perdió; me han expulsado del colegio... Fué por culpa de una mujer, y la cosa es demasiado larga para contarla. Además, contraí deudas y no sé trabajar... estoy avergonzado, me aburro, el hastío se apoderó de mí y la vida me da miedo... prefiero abandonarla...»

Poquita Cosa, no tuvo más remedio que interrumpir su tarea para decir: «El alumno Soubeyrol, copiará quinientos versos, y Fouqui y Loupi no saldrán el domingo». Y, dicho esto, terminó su carta.

«Adiós, Jacobo. Tendría que decirte muchas cosas, pero comprendo que me echaría á llorar, y los colegiales me están mirando. Dile á mamá que me caí de lo alto de una peña cuando iba á paseo, ó bien, que me ahogué estando bañando. Inventa, en fin, una historia, pero hazlo de

modo que la pobre señora ignore siempre la verdad. Besa por mí á esa madre querida; besa también á nuestro padre, y haz por reconstituir pronto un nuevo hogar. ¡Adiós! Ya sabes cuanto te quiero... Acuérdate de Daniel.»

Terminada que fué esta carta, empezó Poquita Cosa otra concebida en los términos siguientes:

«Señor Abate:

«Os suplico que hagáis que llegue á poder de mi hermano la carta que os dejo para él. Al mismo tiempo me cortaréis el pelo, y haréis un paquetito para mi madre. Os pido perdón por la molestia que os ocasiono. Me maté, porque aquí soy muy desgraciado y, vos sois, señor Abate, la única persona que se portó bien conmigo. Os doy las gracias.—*Daniel Eyssette.*»

Después metió, Poquita Cosa, esta carta y la de Jacobo en un mismo sobre en el que escribió: «Suplico á la primera persona que encuentre mi cadáver, que haga llegar este pliego á manos del abate Germán». Y terminadas que fueron todas estas operaciones, esperó tranquilamente á que llegase la hora señalada para la terminación del paso. Concluido éste, cenaron, rezaron y subieron al dormitorio.

Acostáronse los colegiales, y Poquita Cosa se paseó por el dormitorio esperando á que se durmiesen. Era la hora en que el señor Viot acostumbraba á hacer su ronda, y se oyó el misterioso chocar de sus llaves y el ruido sordo de las pisadas de sus zapatos de orillo en el entarimado.

—Buenas noches, señor Viot,—murmuró Poquita Cosa.

—Buenas noches, señor,—respondió en voz baja el inspector; y se alejó perdiéndose en el pasillo el ruido de sus pasos. Poquita Cosa se quedó solo, y abriendo quedamente la puerta, se detuvo un momento en el descansillo hasta asegurarse de que los colegiales no despertaban. En el dormitorio, todo estaba silencioso y tranquilo.

Bajó entonces, y se deslizó pasito á pasito, aprovechando la sombra de las paredes, mientras que la tramontana silbaba tristemente bajo las puertas. Desde el final de la escalera, y al pasar por delante del peristilo, vió el gran patio cubierto de nieve entre los cuatro sombríos cuerpos

del edificio. Allá, en lo alto, cerca de los tejados, brillaba una luz, la del cuarto del abate Germán que estaba trabajando en su gran obra de filosofía, y desde el fondo de su corazón, envió Poquita Cosa, un adiós postrero, muy sincero y cariñoso al buen abate, y después entró en la sala...

El antiguo gimnasio de la escuela de marina, estaba lleno de fría y siniestra sombra; y por entre los barrotes de las rejas de sus ventanas, penetraba un poco de luz de la luna que daba de lleno sobre la gran anilla de hierro. ¡Oh! ¡Hacia unas cuantas horas que Poquita Cosa pensaba mucho en ella! La luz iluminaba la gruesa anilla que brillaba lo mismo que si fuese de plata... En un rincón de la sala, dormitaba un escabel viejo que Poquita Cosa cogió colocándolo debajo de la anilla, y subiendo encima, convencióse de que no se había equivocado, y de que estaba á la altura conveniente. Quitóse el largo tapabocas de seda color violeta que llevaba arrollado al cuello como una corbata, y atándolo á la anilla hizo con él un lazo corredizo... Dió la una. ¡Adelante! Era necesario morir... Con sus manos temblonas, abrió el lazo Poquita Cosa, impulsándole un acceso de fiebre. ¡Adiós, Jacobo! ¡Adiós, señora Eyssette!

De pronto cayó sobre él una mano de hierro y sintió que le cogían por la cintura, y que le dejaban en pie en el suelo al pie de la banquetta. Al mismo tiempo oyó una voz ruda y burlona que conocía mucho, y que le decía:

—¡Vaya una ocurrencia la de venir á estas horas á bajar al gimnasio!

Poquita Cosa se volvió asombrado, y reconoció al abate Germán, sí, al abate, sin solana, con calzón corto, y con el alzacuello caído sobre el chaleco. Su expresivo rostro, hermoso á pesar de su fealdad, sonreía tristemente medio iluminado por la luna... Con una sola mano tuvo suficiencia para bajar al suicida de la banquetta y dejarle en el suelo. En la otra mano tenía aún una botella de agua que había ido á llenar á la fuente del patio. Al ver el rostro trastornado y los ojos empañados de lágrimas de Poquita Cosa, dejó de sonreír el abate Germán y repitió, pero esta vez con voz dulce y casi enternecida:

—¡Qué demonio de ocurrencia tuvisteis querido Daniel, al veniros á hacer gimnasia á estas horas!

*Poquita Cosa.—7*

Poquita Cosa, cortado y con el rostro encendido, replicó:

—No hago gimnasia, señor abate, es que quiero matarme.

—¡Matarte! ¡Cómo! ¿Tantas penas tienes?

—¡Ah!—exclamó Poquita Cosa al mismo tiempo que unas cuantas abrasadoras lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Vas á venir conmigo Daniel,—dijo el abate.

Hizo Daniel un signo negativo y señaló á la anilla de hierro de la que pendía la corbata, y el abate Germán le cogió de la mano diciéndole:

—Vamos, sube á mi cuarto y si quieres matarte lo harás allá arriba, porque allí, al menos, hay buen fuego y se está mejor que aquí.

—Dejadme que muera,—contestó Poquita Cosa resistiéndose,—porque no tenéis derecho, señor abate, á impedírmelo.

Un relámpago hizo centellear los ojos del abate que exclamó:

—¡Tendría que ver!—y cogiendo bruscamente á Poquita Cosa por la cintura, se lo llevó bajo el brazo lo mismo que si fuese un fardo á pesar de los ruegos y de su resistencia.

Hémos instalados ya en la habitación del abate Germán. En la chimenea ardía un buen fuego, y al lado de éste veíase una mesa con una luz encendida, y encima un revuelto montón de pipas y de papeles cubiertos de patitas de mosca.

Poquita Cosa estaba sentado á un lado de la chimenea y muy agitado, hablando mucho, dando cuenta de su vida y de sus desgracias, y porqué deseaba acabar de una vez. El abate escuchábale sonriendo y después, cuando el pobre joven, habló mucho, lloró y desahogó su pobre corazón lacerado, le cogió las manos y se las estrechó, ¡qué buen hombre! diciéndole con mucha tranquilidad:

—Todo eso no es nada, hijo mío, y francamente habrías sido muy bestia matándote por tan poca cosa. Tu historia es muy sencilla: te han echado del colegio, lo que, aparte de todo, es una gran felicidad para ti. Es preciso que te marches, pero inmediatamente y sin esperar á los ocho días, ¡voto á bríos! no eres una cocinera. De tu viaje y de

tus deudas me encargo yo, que seré quien te preste ese dinero que pensabas pedir á ese granuja. Mañana nos cuidaremos de arreglarlo todo... Ahora, ni una palabra más. Necesito trabajar y tú dormir... pero no quiero que vuelvas á tu horrible dormitorio en el que tendrás frío y miedo. Te vas á acostar á mi cama, á la que precisamente esta mañana mudaron las sábanas. Mientras tanto yo escribiré, y si me da sueño me echaré en el sofá, ¡Buenas noches! No me digas ni una palabra...

Acostóse Poquita Cosa y no se resistió más. Todo cuanto le sucedía le producía el mismo efecto que una pesadilla, ¡cuántos acontecimientos en un día! ¡Haber estado tan cerca de la muerte, y encontrarse después en aquella cama tan cómoda y en una habitación tan tranquila y caldeada! ¡Qué á gusto se hallaba el pobre Poquita Cosa! De vez en cuando, y al abrir los ojos, veía á la luz de la lámpara velada por la pantalla, al buen abate que, sin dejar de fumar, no daba descanso á la mano haciendo correr la pluma de alto á bajo del papel blanco con un ligero crujido...

Al día siguiente por la mañana, me despertó el abate que me dió una palmada al hombro. Háblame olvidado de todo al quedarme dormido... Esto hizo reír mucho á mi salvador.

—Vamos, hijo mío, date prisa,—me dijo,—están tocando la campana. Nadie se habrá enterado de lo ocurrido. Vete como de costumbre, en busca de los colegiales de tu sección, y durante la hora del recreo, ven que te esperaré aquí para que hablemos.

De pronto me acordé de todo lo sucedido, y quise darle las gracias, pero el abate me lo impidió haciéndome salir del cuarto. No tengo necesidad de decirte cuán largas me parecieron las horas del repaso y del estudio. No habían bajado aún todos los colegiales al patio, cuando llamé á la puerta del cuarto del abate Germán. Hallé á éste sentado ante su mesa, cuyos cajones estaban abiertos y muy ocupado contando monedas de oro, que alineaba con mucho cuidado en montoncitos. Al oír el ruido que yo hice al entrar, volvió la cabeza y luego continuó su trabajo sin decirme ni una palabra. Cuando terminó cerró los cajones, y haciéndome una seña con la mano, me dijo con cariñosa sonrisa:

—Todo esto es para ti. He sacado la cuenta. Aquí tie-

nes para el viaje. Esto es para el portero y para el café de Barbette. Aquí tienes diez francos para ese colegial que te los prestó... Había ido ahorrando poco á poco ese dinero para comprar un sustituto á mi hermano pequeño, pero éste no entra en quinta hasta dentro de seis años, y de aquí á entonces ya nos veremos alguna vez.

Quise hablar, pero aquel diablo de hombre no me dió tiempo y me dijo:

—Ahora, hijo mío, ¡despidete de mí... La campana está tocando para mi clase, y cuando salga de ella no quiero volver á encontrarte aquí, porque el aire de esta Bastilla no te prueba. Márchate cuanto antes á París, trabaja mucho, ruega á Dios que te ayude, fuma muchas pipas y procura hacerte hombre... Ya me oyes, procura ser un hombre porque ¡bien lo sabes! al presente no eres aún más que un niño, y témome mucho que toda tu vida no seas otra cosa...

Dicho esto, y con una sonrisa de expresión divina, me abrió los brazos, pero yo me arrojé sollozando á sus pies. Me levantó y me abrazó, besándome en las dos mejillas al mismo tiempo que la campana daba el último toque.

—¡Bueno! Voy á llegar tarde,—dijo recogiendo apresuradamente sus libros y cuadernos. En el momento en que iba á salir se volvió una vez más hacia mí añadiendo:

—También yo tengo un hermano en París, un buen hombre que es cura y al que podrías ir á visitar, pero ¡bah! como eres medio loco te podrías olvidar de sus señas... Y sin decir ni una palabra más, empezó á bajar la escalera con mucho apresuramiento. Su sotana flotaba detrás de él; en la mano derecha llevaba el bonete, y bajo el brazo izquierdo un paquete de papeles y de libros. ¡Buen abate Germán! Antes de salir de ella dirigí una mirada alrededor de su habitación, contemplando por última vez la gran biblioteca, la mesita de trabajo, el fuego medio apagado, el sillón en el que yo había llorado tanto y el lecho en el que durmiera tan bien, y al pensar en aquella misteriosa existencia en la que adivinaba tanto valor, bondad oculta, abnegación y resignación, no pude por menos de avergonzarme de mis cobardías y hajezas, y juré que toda la vida me acordaría del buen abate Germán.

Mientras tanto pasaba el tiempo. Tenía que arreglar mi baul, pagar mis deudas é irme en busca del asiento de la

diligencia... En el momento en que me disponía á salir, fijóse mi mirada en una porción de pipas, todas ellas muy deterioradas que estaban encima de la chimenea. Cogí la más vieja, negra y usada y la guardé en el bolsillo lo mismo que una reliquia, y después abandoné la habitación.

Al pie de la escalera está aún abierta la puerta del antiguo gimnasio, y, al pasar, no pude por menos de dirigirle una mirada, y lo que ví me hizo estremecer. Ví la gran sala húmeda y fría, el anillo de hierro que relucía, y mi tapabocas de color violeta con su nudo corredizo, balanceándose encima del derribado escabel á impulsos de la corriente del aire.

## XIII

## Las llaves del señor Viot

En el momento en que muy emocionado aún por la dolorosa escena de que fuera actor, me disponía á salir apresuradamente del colegio, abrióse con fuerza la puerta del cuchitril del portero, y oí que me llamaban.

—¡Señor Eyssettel! ¡Señor Eyssette!

Eran el amo del café de Barbette y su muy digno amigo el señor Cassagne, que tenían un aire azorado, casi insolente. El cafetero fué el que primero habló.

—¡Es cierto que os marcháis hoy, señor Eyssette?—me dijo.

—Sí, señor,—respondí con mucha calma,—me marcho hoy mismo.

El señor Barbette dió un salto y el señor Cassagne le imitó, sólo que el salto del primero fué mucho más grande que el de Cassagne, porque yo le debía más dinero.

—¡Cómo! ¡Hoy mismo!

—Hoy mismo, sí, y ahora voy á tomar el billete á la administración de la diligencia,—dije, y creí que se me iban á arrojar al cuello.

—¡Y mi dinero?—dijo el señor Barbette.

—¿Y el mío?—aulló el señor Cassagne.

Sin responder entré en el cuchitril, y sacando con mucha gravedad y á puñados, las hermosas monedas de oro del abate Germán, las coloqué en una esquina de la mesa y empecé á contar lo que les debía á los dos. ¡Aquello fué un efecto teatral! Sus rostros demudados, contraídos, cambiaron en el acto de expresión, como por magia. Después de embolsarse su dinero y un poco avergonzados por lo que acababa de ocurrir, y por haberme demostrado sus temores y sobre todo muy alegres al verse pagados, deshicieron en cumplimientos de pésame y en protestas de amistad.

—¿Con qué es cierto, señor Eyssette que nos dejáis? ¡Qué lástima y qué pérdida más grande va á ser para la casa!

Y á esto siguieron una porción de ¡oh! ¡ah! ayes y suspiros, apretones de manos y mal disimuladas lágrimas. La víspera quizás me habrían engañado aún aquellas semejantes muestras de amistad, pero á la sazón estaba herrado en frío acerca de las cuestiones de sentimiento. El cuarto de hora pasado bajo el cenador, me había enseñado á conocer á los hombres, á lo menos así me lo figuraba yo, y cuanto más amables se mostraban conmigo aquellos dos innobles bodegoneros, más asco me daban. Así pues, cortando en seco sus ridículas efusiones, salí del colegio y me marché apresuradamente en busca del asiento de la bienaventurada diligencia que debía llevarme lejos de todos aquellos monstruos.

Al volver de la administración de la diligencia pasé por delante del café de Barbette, más no quise entrar porque aquel sitio me inspiraba horror. Impulsado, sin embargo, por no sé qué malsana curiosidad, miré á través de los cristales. El café estaba lleno de gente: era precisamente un día de los en que se jugaba al palito. Entre el humo de las pipas se veía centellear el cobre de los ochavos y relucir los cinturones colgados de las perchas. Allí estaban reunidos todos los nobles corazones y no faltaba más que el profesor de esgrima.

Durante un momento, me entretuve mirando aquellas gruesas faces rubicundas que multiplicaban los cristales, el ajeno que verdeaba en las copas, las botellas y jarros de cristal desportillados y, á la verdad, me avergoncé al

pensar que había vivido en semejante cloaca... Volví á ver á Poquita Cosa dando vueltas alrededor del billar, apuntando los tantos, pagando el ponche, le ví humillado, despreciado, depravándose de día en día, y mascando entre dientes el tubo de una pipa ó el estribillo de una canción de cuartel... Y esta visión me asustó aún mucho más que aquella otra que tuviera al pasar por delante de la sala del gimnasio, al ver ondular al aire el tapabocas de color de violeta, y huf...

Al encaminarme al colegio acompañado de un mozo de la diligencia que debía recoger mi equipaje, ví cruzar la plaza al maestro de armas, muy peripuesto, con su junquillo en la mano, el sombrero ladeado y contemplándose el retorcido bigote en sus flamantes botas charoladas. Contempléle desde lejos con admiración diciéndome: «¡Qué lástima que un hombre de tan gallarda presencia tenga un alma tan villana!» Por su parte me vió también y se me acercó sonriendo leal y cariñosamente y los brazos abiertos, ¡oh! ¡el cenador!...

—Os andaba buscando,—me dijo.—¿Es cierto lo que me han dicho? Os...

Callóse en el acto... Mi mirada le hizo cerrar los labios impidiéndoles que siguiesen pronunciando embusteras frases. Y en aquella mirada de aplomo, que fijé en su rostro, debió el miserable leer tantas cosas, que le ví de pronto palidecer, balbucear y turbarse... pero esto no fué cosa más que de un momento. En el acto recobró su aire insolente, fijó en mis ojos la fría y acerada mirada de los suyos, y metiéndose con ademán resuelto las manos en los bolsillos, se alejó de allí murmurando entre dientes que aquellos que no estuviesen contentos que fuesen á decirselo. ¡Bandido!

Cuando volví al colegio, los alumnos estaban en la clase. Subimos á mi desvan. El mozo de cordel cargó con mi maleta y bajamos mientras que yo me quedaba aún durante algunos minutos más en aquella glacial habitación, contemplando sus sucias paredes, el pupitre todo él acribillado por las hojas de los cortaplumas, y por la estrecha ventana, los plátanos de los patios que asomaban sus copas cubiertas de nieve... En mi fuero interno dije adiós á todas aquellas cosas.

En el mismo momento oí una voz de trueno que raga-

fiaba en las clases... era la voz del abate Germán que me alentó á mi corazón é hizo que asomasen algunas de mis lágrimas al borde de los párpados. Después de esto bajé muy despacito, mirando con mucha atención á mi alrededor como para llevarme impresa en mis ojos, toda la imagen de aquellos lugares que no debía volver á ver más. De este modo atravesé los largos corredores de elevadas enrejadas ventanas, en las que se me aparecieron por primera vez mis queridos ojos negros. Pasé luego por delante del despacho del director y de su doble y misteriosa puerta, y poco después, á algunos pasos más allá, por la de señor Viot... Delante de esta me detuve bruscamente ¡oh! ¡Qué delicia y qué alegría! En la cerradura estaban las llaves, las terribles llaves, y el viento las hacía rechinar dulcemente unas contra otras... Contemplélas con religioso terror y de una manera repentina se me ocurrió una idea de venganza. Traidoramente y con mano sacrilega saqué la llave de la cerradura y con ella las demás del llavero y ocultándolas bajo mi levita bajé de cuatro en cuatro los escalones.

En uno de los extremos del patio de recreo de los medianos, existía un pozo muy profundo y hacia él me dirigí sin tomar aliento... A aquellas horas el patio estaba desierto, y el hada de las gafas no había levantado aún los visillos de su cuarto, de modo que todo favorecía mi crimen. Saqué de debajo de la levita las llaves, aquellas miserables llaves que tanto me hicieron sufrir, y con todas mis fuerzas las arrojé al pozo, ¡trincl! ¡trincl! ¡trincl! Púseme á escuchar como caían rebotando en las paredes del pozo, hasta chocar ruidosamente en el agua que se abrió y cerró á su paso. Una vez llevada á cabo semejante hazaña me alejé sonriendo.

En el portal, y al salir del colegio, á la última persona que encontré, fué al señor Viot, pero á un señor Viot sin llaves, azorado, fuera de sí, corriendo sin dirección fija á la derecha ó izquierda. Cuando pasó por mi lado me dirigió una mirada de angustia, y sin duda al desdichado se le ocurrió la idea de preguntarme si yo las había visto. En el mismo momento asomóse el portero á lo alto de la escalera y gritó:

—«Señor Viot! ¡No las encuentrol»

Oí que el hombre de las llaves murmuraba en voz baja:

«¡Oh! ¡Dios mío!» Y se alejó como un loco para ir á buscar.

Habríame considerado dichoso gozando más tiempo con aquel espectáculo, más lo impidió el oír que sonaba la bocina de la diligencia en la plaza de Armas, y no quería que se marchase sin llevarme á mí.

Y ahora ¡adiós para siempre gran colegio ahumado de antiguos hierros y vetustas piedras! ¡Adiós traviosos colegiales! ¡Adiós reglamento cruel! Poquita Cosa echó á volar y no volverá más y vos, marqués de Boucoyran, consideraos feliz porque se marcha sin daros aquella tan famosa estocada, que durante tanto tiempo discutí y medité con los nobles corazones del café de Barbette...

¡Arrea, cochero! ¡Toca trompeta! ¡Arranca chispas con tus cuatro ruedas, vieja diligencia, y llévate á Poquita Cosa al galope de tus tres caballos!... Llévate pronto á su ciudad natal para que pueda besar á su madre querida, en casa de su tío Bautista, y pueda poner en seguida proa á París, para reunirse cuanto antes con Eyssette (Jacobo) en su habitación del Barrio Latino,

#### XIV

#### El tío Bautista

Era en verdad un tipo singular de hombre el tal tío Bautista, hermano de la señora Eyssette. Ni bueno ni malo; habíase casado muy joven con una mujerona, que parecía un gendarme, seca y avara que le daba miedo. Aquel niño grande, no tenía más que una pasión en el mundo, una afición á iluminar. Desde hacía cuarenta años vivía rodeado de platillos, pinceles y colores, y pasaba las horas muertas iluminando los grabados de los periódicos ilustrados. Su casa estaba llena de «Ilustraciones, Charivaris y Revistas» antiguas, así como de mapas, todo ello muy iluminado y embadurnado de colores. Hasta en aquellos días en que no podía trabajar porque la tía se negaba á darle



los céntimos necesarios para comprar los periódicos ó revistas con ilustraciones, entreteníase mi tío, en iluminar libros. Lo que voy á contar es histórico; he tenido en mis manos una gramática española, que mi tío iluminó desde el principio hasta el fin, pintando los adjetivos de azul, los substantivos de rosa, y así por este estilo lo demás.

Hacia seis meses que la señora Eyssette se veía obligada á vivir entre aquel viejo maniático y su feroz consorte. La pobre señora pasábase los días en la habitación de su hermano, sentada al lado de éste é ingeniándose para serle útil, limpiándole los pinceles y poniéndole agua en los platillos... Lo más triste del caso era, que después de nuestra ruina, el tío Bautista menospreciaba de una manera cruel al señor Eyssette, y mi madre, veíase obligada, desde la noche á la mañana, á oír decir continuamente: «Eyssette no es formal; no, no es un hombre formal». ¡Ah! ¡viejo imbecil! Había que ver con qué aire convencido y sentencioso decía esto al mismo tiempo que se entretenía en iluminar la gramática española. Más tarde, y con mucha frecuencia, hallé en la vida hombres que, teniéndose por muy sesudos y graves, pasaban el tiempo iluminando gramáticas españolas y diciendo que los demás no eran formales ni serios.

No conocí hasta mucho después todos estos detalles acerca del tío Bautista, y de la lúgubre vida que á su lado llevaba la señora Eyssette y, sin embargo, en cuanto llegué á aquella casa, comprendí que mi madre, dijere lo que quisiese, no debía ser dichosa. Cuando entré acababan de sentarse á la mesa para comer. Al verme, dió la señora Eyssette, un salto de alegría, y como podéis suponer, abrazó con todas sus fuerzas al pobre Poquita Cosa. No obstante mi pobre madre parecía cortada; hablaba muy poco, y esto con su vocecilla dulce y temblona, y la vista fija en el plato. Daba pena verla con su vestido todo ajado y negro.

La acogida que me dispensaron mis tíos fué muy fría; y mi tía, muy azorada, me preguntó si había comido... Apresuréme á responderla que sí; y entonces respiró, porque durante un momento temblaba por su comida. ¡Valiente comida! Garbanzos y bacalao.

Por su parte el tío Bautista me preguntó que si estábamos en vacaciones, y le respondí que salía de la Universidad y que me iba á París á unirme con mi hermano Jacobo que me había encontrado una buena colocación. Inven-

té este embuste para tranquilizar á la señora Eyssette acerca de mi porvenir, y además para darme cierta importancia á los ojos de mi tío. Al oír que Poquita Cosa tenía una buena colocación, la tía Bautista abrió desmesuradamente los ojos.

—Será entonces conveniente, Daniel,—me dijo,—que te lleves á tu madre á París... ¡Pobre mujer! se aburre separada de sus hijos... y además ya comprenderás que es una carga para nosotros, y que tu tío no puede ser continuamente la vaca de leche de la familia.

—El hecho es,—añadió á su vez el tío Bautista con la boca llena,—que yo soy la vaca de leche.

Esa expresión, de la vaca de leche, le embelesó, y la repitió varias veces con la misma gravedad... La comida fué larga, como propia de gente vieja. Mi madre comía muy poco, dirigiéndome pocas palabras y mirándome á hurtadillas; mi tía la vigilaba y no la perdía de vista.

—Mira á tu hermana,—decía á su marido;—la alegría de ver á su hijo le quita el apetito. Ayer se sirvió pan dos veces, y hoy no lo ha tomado más que una.

¡Ah! ¡Querida señora Eyssette! Cuánto habría dado por poderos sacar de allí aquella misma noche para arrancaros del lado de la implacable vaca de leche y de su esposa, pero ¡ay! marchaba yo al azar, contando únicamente con lo preciso para pagar el viaje. Me dije, además, que la habitación de Jacobo era demasiado pequeña para podernos alojar á los tres en ella. ¡Si al menos hubiese podido hablaros y besaros con entera libertad! No pude, porque no nos dejaron solos ni un instante. Figuráos que tan pronto como terminó la comida, el tío Bautista se puso á iluminar la gramática española y la tía á secar los cubiertos de plata; y ambos nos acechaban á hurtadillas... Llegó la hora de la partida sin que hubiésemos podido decirnos ni una palabra.

De manera, que el pobre Poquita Cosa tenía el corazón muy oprimido cuando salió de casa del tío Bautista, y al alejarse de ella completamente solo por entre las sombras de la gran avenida que conducía á la estación del ferrocarril, se juró dos ó tres veces, y con la mayor solemnidad, que en adelante se portaría como un hombre, y que no pensaría más que en lo necesario para rehacer su hogar.